

La culpa, Dios y la carne en la estela de Joyce y Beckett

Una chica es una cosa a medio hacer, la narración con la que la irlandesa Eimear McBride dejó a la crítica con la boca abierta

EUGENIO FUENTES

“Puesto que. Tú pronto. Pronto le pondrás nombre. Suturada en la piel llevará tu crónica”. Al leer estas tres líneas puede ocurrir que al lector se le despierte en la cabeza, si está, el recuerdo rítmico de estos versos: “locura / locura de / de / cómo decir / locura de lo / desde / locura desde lo / dado”. De forma similar, cuando lea: “Voy paseando negros de carretera coches van allí blancos como”, podrían despertarse ecos de una frase como: “Ineluctable modalidad de lo visible: por lo menos eso, si no más pensado a través de mis ojos”.

La primera cita recoge las palabras iniciales de **Una chica es una cosa a medio hacer**, la primera novela de la irlandesa nacida en Liverpool (1976) Eimear McBride. La segunda reproduce los primeros versos del que pasa por ser el último poema publicado por el irlandés Samuel Beckett (1906-1989), escrito en francés, titulado **Comment dire?** y traducido por Jenaro Talens. A su vez, la tercera cita se encuentra hacia el final de la novela de McBride, mientras que la cuarta proviene del **Ulises** de Joyce en la traducción de Valverde.

Confrontados al arranque de esta novela, suele suceder que los potenciales lectores refractarios se dividan entre quienes sufren la pereza infinita de abordar una pieza de intenso aroma neomodernista y los que deciden que no están los tiempos para farolillos retrovanguardistas. Una tercera categoría de hojeadores reacciona, sin embargo, como lo hizo la crítica anglosajona cuando en 2013 leyó **Una chica es una cosa a medio hacer**: se les salieron los ojos de las órbitas e iluminaron un castillo de elogios que valió a la novela una cascada de prestigiosos galardones y a la autora un contrato con Faber and Faber. De esas reverenciadas prensas han salido su segundo y tercer libros, aún por traducir al castellano: **The Lesser Bohemians** (2016) y **Strange Hotel** (2020).

El éxito, aunque tardío, fue el premio a la osadía de McBride, quien a los 28 años había escrito en seis meses un texto que tardó nueve años en hallar editor, una pequeña casa inglesa, Galley Beggar Press. Su responsable imprimió mil ejemplares y declaró que al leer la novela sintió lo mismo que al leer a Beckett por primera vez.

El lector que supere su reacción inicial de pereza, o no la sienta por gozar de mirada virginal, se encontrará pronto a gusto en un texto hipnótico que le llevará desde la oscuridad intrauterina hasta las tinieblas de un ocaso vital. Ya no podrá despegarse de esta historia de iniciación feme-



La irlandesa Eimear McBride.



Una chica es una cosa a medio hacer

Eimear McBride

Trad.: R. Martín Giraldez

Impedimenta

272 páginas

20,75 euros

nina, narrada en primera persona a un hermano dos años mayor, herido casi desde la cuna por un tumor cerebral que le dejará serias secuelas.

No hay nombres propios. No hay más localizaciones que una aldea, primero; una pequeña localidad rural, después, y, más tarde, una ciudad universitaria. Tampoco hay referencias temporales, más allá de un walkman que, con doce años, permite situar a la protagonista a mediados-finales de los 80. Y, sin embargo, hay de todo y casi nada bueno. Machismo de hombres y mujeres; ambientes rurales que chapotean en sus propios barro; fustigadora omnipresencia de un catolicismo preconciliar; madre desequilibrada, victimista, mezquina y violenta, aunque no más que sus convenci-

nos; padre ausentado; familiares cortados por un mismo patrón represor de afectos, cuyo fin es ocultar el sexo en el infierno; crueldad escolar con el hermano enfermo; machismo de mujeres y hombres. Sexo. Infierno.

Una bomba. Una olla a presión que solo necesita una chispa eficaz: el abuso sexual infligido a la protagonista, desde los trece años, por uno de sus tíos. Al incendiarse la caldera hormonal de esa niña, se instala en ella un desconcierto que, en ese ambiente, solo puede derivar en una espiral de culpa mística: anhelos alternados y crecientes de pureza y pecado, de abstinencia, venganza y redención por el sufrimiento sexual, de intensos cuidados al hermano enfermo –aunque acercarse a él obligue a estar cerca del violador–, de huidas del espacio familiar, aunque la distancia acreciente la culpa. De tragedia, al fin.

La pregunta que sin duda se hará el lector conocedor de Joyce y Beckett –y otros referentes invocados, como Virginia Woolf, Edna O’Brien y hasta Hemingway, por la frase corta– es si el uso del molde neomodernista escogido por McBride está justificado. El resultado deja bien claro que sí –la novela sería otra en otro molde–, pero además se impone alguna precisión.

Como muestra un sesudo estudio cuantitativo, las similitudes con Joyce, en particular con **Ulises**, son superficiales. Un intermitente aire de familia. El estilo de McBride destaca por la frase muy corta, la oración fragmentada mediante puntos, la ausencia de comas, y la reiteración de la palabra final de una sentencia al inicio de la siguiente (anadiplosis). Ese estilo es constante en la obra con dos salvedades: los rezos y las admoniciones, armazón del corsé de culpa contra el que la voz narradora lucha mediante la fractura y retorsión de la frase. El estilo de Joyce, por su parte, es la paleta más variada conocida a un novelista.

Otra precisión. Esta atañe al flujo de conciencia, técnica que, a la ligera, se ha adjudicado a la novela. Si el flujo por excelencia es el monólogo interior de Molly Bloom, conviene recordar que su punto final, que también cierra el **Ulises**, es su único signo de puntuación. Lo que hay en **Una chica es una cosa a medio hacer** no es flujo, sino un quebradísimo decurso epifánico de la memoria, balizado por puntos que no solo acotan e hilvanan los recuerdos sino que, sobre todo, los ritman y modulan. Quien mejor lo explicó fue la propia autora. En 2014 aseguró que había buscado descender a una zona de la mente muy próxima a la experiencia. Tanto que, en ella, el lenguaje aun no se hubiera vuelto pensamiento formalizado.

Los Terranautas

T. C. Boyle novela la malograda experiencia científica de “Biosfera 2”

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

“Biosfera 2” fue el nombre que recibió uno de los empeños científicos, ingenieriles y técnicos más seductores, ambiciosos y malogrados entre los que se acometieron a finales del pasado siglo. Un intento que sobrevive todavía hoy como la construcción del mayor ecosistema cerrado jamás concebido, diseñado con el fin de configurar un mundo autónomo e independiente, sin conexión alguna con el exterior, y creado con el propósito de indagar en las posibilidades de supervivencia de diversas formas de vida vegetal y animal con vistas a una más que plausible colonización del espacio. El proyecto, radicado en Arizona, integraba cinco biomas distintos diseñados a escala: un océano con su arrecife de coral, un desierto, tierras de cultivo, un manglar y una selva. Dos misiones sucesivas, constituida por ocho miembros la primera y por siete la segunda, habitaron el complejo entre septiembre de 1991 y septiembre de 1994, cuando la segunda misión abortó y fue suspendida, cancelando de paso la carrera de “Biosfera 2” como centro experimental.

T. C. Boyle novela en **Los Terranautas** esta epopeya a medio camino entre la ciencia de última generación y el show televisivo, la vanguardia tecnológica y la biomecánica del hambre, el genio propositivo y la mezquindad del interés propio. Si Tom Wolfe cartografió en **Elegidos para la gloria** el cronotopo ideológico y sentimental de los astronautas del Proyecto Mercury, T. C. Boyle sitúa a sus terranautas, viajeros todavía inmóviles para un futuro más allá de las estrellas, en un espacio sin duda menos épico que el de sus predecesores pero no por ello menos enigmático. Pues una de las lecciones que cabe extraer tras finalizar la lectura de la novela es que tan misteriosa como cualquier aventura espacial es la circunstancia de llevarla a cabo en compañía humana. Esto es: hay antimateria, supernovas y agujeros negros no sólo en la enormidad del Universo, sino en el corazón de las personas, en su mezcla de codicia y altruismo, de orgullo satánico y entrega incondicional.

Las tres voces de las que se sirve Boyle para extender su tapiz narrativo son muy eficaces en este sentido. Dawn y Ramsay, la pareja protagonista, llamados a jugar el papel de padres primigenios de una nueva era en ese Arca rediviva que es el complejo, satisfacen mediante su apasionada y a menudo dolorosa relación los complejos mecanismos de supervivencia y reproducción por un lado y de imperativos éticos y elecciones no exitosas desde el punto de vista biológico por otro que conforman el andamiaje del Homo sapiens. La tercera voz narrativa, Linda, es el contrapunto ideal, aloca, cínico y por momentos irresistible en su desnuda avidez, que sostiene un discurso lleno de razones memorables y a la vez sometido a las pasiones más groseras, hasta propiciar un canon a tres voces que corrobora por enésima ocasión una de las paradojas fundamentales del ser humano, su ambigüedad constitutiva de monstruo y de héroe, de traidor y de visionario, así como su destino de constructor de edenes condenados a malograrse.



Los terranautas

T. C. Boyle

Traducción de

Ce Santiago

Impedimenta, 2020;

568 páginas; 25,95 euros